



Cada quien su ciudad

Cada quien su ciudad*

Como otros conceptos, el de ciudad ha perdido contorno y precisión con la posmodernidad, se ha vuelto equívoco, incierto, como el objeto al que alude. Hasta poco después de la primera mitad del siglo veinte, la noción de ciudad podía probablemente dejar satisfecha a la mayoría de los académicos dedicados a ella y, con más seguridad aún, a la mayoría de la gente. La ciudad era una concentración de edificaciones y personas más o menos numerosa dedicada principalmente a actividades no primarias. Esta definición es tan general que puede utilizarse para describir *el fenómeno* desde su aparición en la prehistoria, y con algunos matices, adaptarse a cada etapa de la historia o identificarse con una región del mundo o ambas cosas: la ciudad gótica/la ciudad renacentista; la ciudad europea/la ciudad colonial. La ciudad siempre ha estado evolucionando, pero tenía en todo caso dos características esenciales:

densidad y continuidad. A partir de los años sesenta del siglo pasado, sin embargo, la ciudad comenzó a transformarse de tal manera que resultó válido poner en duda el alcance de sus caracteres distintivos. Metrópoli, megápolis, ciudad-región y hasta ciudad-planeta son términos indicativos del cambio de escala que debe operarse a nivel conceptual para tratar de comprender la mudanza del objeto real. Y a cierta escala, todo cambio cuantitativo se convierte en un cambio cualitativo. Lo más interesante es, precisamente, que los cuestionamientos sobre la sustancialidad de la ciudad no se redujeron al problema de su magnitud sino que abrieron la reflexión a otras dimensiones de orden cualitativo. No es que antes no hubiera habido quién pensara la ciudad, sino que la ideología moderna la relegó a ser un mero soporte material de la vida productiva. Dicho de modo más genérico: en la era del progreso, la ciudad tenía sentido sólo en tanto cosa útil. Por eso tal vez la ciudad era un objeto sin ciencia propia. Su estudio se abordaba en cuanto

Guillermo Ejea Mendoza
Profesor-Investigador
UAM Azcapotzalco

* Reseña del libro:
 GARCÍA VÁZQUEZ, Carlos. *Ciudad Hojaldre. Visiones urbanas del siglo XXI*. Ed. Gustavo Gili. Barcelona. 2004. 232 pp.

algo de ella servía para las disciplinas existentes: la arquitectura, la economía, la demografía, la geografía, la historia, la literatura. Por ejemplo, hasta la fecha, la teoría económica dominante sigue considerándola unidimensionalmente *-flat-* como condición de la competitividad global, es decir, insumo para la rentabilidad.

Opina Georg Liedenbergh que la ciudad no adquiere sentido ontológico sino hasta que el concepto *espacio* se admite como categoría del análisis urbano y "factor constitutivo de la historia", pues entonces la ciudad dejó de figurar como *locus* para convertirse en *agens*; y que esto ocurrió a mediados de los años setenta del siglo veinte¹. El salto conceptual se produce para acompañar la transformación del objeto. Las corrientes marxistas y neomarxistas, principalmente, comienzan a ver la ciudad desde otros ángulos; se hace una relectura de la estructura y se descubre la superestructura. En ese contexto –anota García Vázquez–, el urbanismo nace como disciplina autónoma. Pero los caminos se ramifican de manera sucesiva -a veces con salidas laterales o atajos que siguen un eterno retorno o sin retorno-, tratando de aprehender un objeto que se altera vertiginosamente, que cada día presenta una cara nueva que puede ser contradictoria. Las teorías

se enredan o son insuficientes. No extraña que la interpretación más rica del concepto de *espacio urbano* haga que éste sea todo y a la vez nada. Por eso, el urbanismo es multidisciplinario. La racionalidad analítica no alcanza para entender el objeto en todas sus facetas, en sus flujos profundos; la comprensión del conjunto es posible pero incompleta. Entonces, es indispensable acudir a las metáforas, es decir, a figuras que enuncian la realidad o alguno de sus trazos de modo sintético, ambiguo, verosímil e indemostrable, que no la describen a plenitud y menos la explican, que más bien la intuyen o la sugieren. ¿En qué consiste la ciudad post-moderna?, ¿en qué consiste la ciudad de la post-modernidad?, ¿cuáles son sus principales atributos?, ¿cuántas clases de ciudad post-moderna pueden *idearse*?

En *Ciudad Hojaldre*, la intención del autor es *revelar* (y clasificar) los discursos teóricos que subyacen en la práctica urbanística y arquitectónica de las tres últimas décadas del siglo XX, y superar la dicotomía entre el urbanismo progresista o positivista y el urbanismo culturalista o crítico que prevaleció desde mediados del siglo XIX. Según él, estos dos enfoques estuvieron asociados al desarrollo de las ciudades industriales (uno legitimándolo y el otro rechazándolo), por lo que la aparición –en los hechos- de las ciudades postindustriales sugiere hacer –en las ideas- un replanteamiento de corte también posmoderno. La premisa es que las ciudades contemporáneas son entidades difícilmente comprensibles desde un

¹ LEIDENBERG, Georg (2004) "Proximidad y diferenciación: el manejo del concepto del espacio en la historiografía urbana" en *Historia y Gráfica*, no. 22, Universidad Iberoamericana. México. Pp. 51-77.

solo ángulo. A su vez, el fin de los meta-relatos, es decir, de la linealidad y la coherencia en la interpretación de la realidad, lleva a la necesidad de reconocer los micro-relatos, es decir, las lecturas específicas que pueden hacerse sobre cada uno de los elementos o aspectos que conforman esa realidad. Así, García Vázquez sostiene que hay distintas maneras de mirar la ciudad contemporánea, no tanto para explicar "cómo es" sino para destacar "qué nos interesa de ella", relacionando lo urbanístico y lo arquitectónico en su propio contexto. Propone entonces cuatro visiones o "sensibilidades" que orientan los estudios sobre la ciudad: la culturalista, la sociológica, la organicista y la tecnológica, cada una de las cuales tiene una "guía disciplinaria": la historia, la sociología y la economía, la filosofía y la ciencia y, respectivamente, la técnica. Pero estas visiones no son uniformes tampoco, sino que pueden desdoblarse o descomponerse en "modelos" o miradas muy particulares. A lo largo del libro, el autor presenta las cuatro visiones y los doce modelos que constituyen para él las "capas" de la ciudad hojaldre.

La visión culturalista actual tiene su antecedente en el urbanismo romántico que se opuso a los valores deshumanizantes del modernismo (como el funcionalismo), y reivindicó las cualidades no materialistas o culturales de la sociedad pre-industrial. Es por ello una visión que ha heredado la nostalgia por el pasado y está comprometida con las tradiciones, con la ciudad tradicional. El culturalismo resurge (o el culturalismo con-

temporáneo emerge) en la década de los setenta, cuando la crisis económica pone en tela de juicio precisamente el discurso de la modernidad industrializada. Los tres modelos de la visión culturalista son la ciudad de la disciplina, la ciudad planificada y la ciudad poshistórica.

La ciudad de la disciplina –como germen de la visión culturalista y primera capa de la ciudad hojaldre- nace en los años sesenta en Italia, a través de *La Tendenza*, una corriente milanesa encabezada por Aldo Rossi que, siguiendo el marxismo estructuralista, pretendía otorgar racionalidad autónoma al urbanismo (fundarlo como disciplina científica). La clave para ello fue encuadrar las arquitecturas realmente existentes en su propia historia, es decir, extraer sus leyes estructurales a partir del contexto social que les proporcionaba su identidad (una especie de memoria colectiva de los pueblos materializada en sus construcciones). El resultado práctico de este planteamiento teórico fue la propensión generalizada a recuperar y reutilizar los patrimonios (cascos y centros) históricos, primero en Europa, donde se revaloraron las "ciudades tradicionales", y luego –podemos añadir-, en todos los lugares del mundo donde es posible encontrar hasta la fecha algún edificio o conjunto de edificios que llenen ese requisito. La primera intervención de este conservacionismo rehabilitacionista o restauración integral se llevó a cabo en Bolonia en la primera mitad de los años setenta, bajo un gobierno comunista, y asoció la recuperación arquitectónica/urbanística del cen-

tro histórico con la revitalización de la vivienda social preexistente para garantizar el patrimonio socioeconómico de las clases populares. La experiencia de Bolonia fue tomada como prototipo para los ejercicios subsecuentes. Así, la Carta de Ámsterdam, en 1975, estableció que los proyectos contuvieran un "espíritu social" que permitiera que los habitantes originarios pudieran permanecer en los espacios renovados. El autor señala que esta disposición sólo podía ser viable si la transformación se ponía en manos del sector público y se sustraía a los intereses del mercado inmobiliario.

Sin embargo, la diversidad de las ciudades grandes puso en evidencia la imposibilidad de replicar el ejercicio boloñés en las áreas urbanas no históricas. En general, éstas no respondían a una racionalidad edilicia/urbanística (una tradición constructiva) sino más bien a una variedad de factores funcionalistas, económicos o políticos (y a cierta improvisación y cierto desorden). En consecuencia, la teoría y la metodología del urbanismo científico se desdibujaba. El mismo Rossi, en los ochenta, propuso entonces trabajar "la ciudad por partes". La admisión de la diversidad interna de las ciudades se conjugó con la crisis fiscal y el ascenso de las tendencias neoliberales de esa década. Esto tuvo dos grandes efectos. Por una parte, condujo a debilitar la confianza en los planes generales y a favorecer la elaboración de planes parciales, proyectos urbanos acotados o "proyectos arquitectónicos de escala urbana".

Por la otra, al entregar al capital privado los proyectos de renovación, como el *Canary Wharf* en Londres -cabeza del neoliberalismo-, y dar lugar, por consiguiente, en medio de esa crisis de 'la ciudad planificada', a 'la ciudad de los promotores'. En 1984, Bernardo Secchi señaló que el problema de las ciudades europeas ya no era su expansión sino lo contrario, su despoblamiento y consecuente deterioro, y propuso formular planes 'de tercera generación' orientados hacia el interior de la ciudad y a mejorar la calidad de vida de los habitantes mediante la recuperación de las áreas degradadas y la 'costura' de las distintas partes de la misma. El modelo se aplicó en Milán (Proyecto Nueve Parques) pero pronto se notó que requería más flexibilidad, dando lugar al advenimiento de la planeación estratégica. Mientras que la planeación tradicional establecía normativas rígidas y técnicas con base en la oferta de suelo e infraestructura, el plan estratégico es un proceso, se adapta a las circunstancias y atiende a la demanda de los usuarios (ciudadanos y empresas). Entonces, por esto último, dice el autor, la ciudad de los promotores y la ciudad planificada "parecen haber llegado a un punto de encuentro".

La intención de recuperar el pasado tuvo una derivación bastarda en la década de los noventa mediante la conversión de áreas típicas e históricas en lugares de interés turístico, incluso a veces forjándoles artificialmente una tradición, y privilegiando el aspecto comercial sobre el cul-

tural (*Quincy Market* en Boston, *Times Square* en Nueva York). Así, el capital pudo reciclar a su favor las aspiraciones críticas y romanticistas de los años previos. Otra vertiente de la ciudad pos-histórica son los barrios (*Richmond Riverside* en Londres) o pueblos (*Seaside* en Florida) que pretenden reproducir con una planeación ordenada arquitecturas tradicionales y modos de vida pre-industriales, campiranos, casi pre-urbanos podría decirse. Los tres modelos y sus variantes de la visión culturalista pueden constatarse en Berlín.

La visión sociológica de la ciudad incluye la ciudad global, la ciudad dual, la ciudad del espectáculo y la ciudad sostenible. Mientras que el marxismo estructuralista caracterizó a la ciudad como un mecanismo de la reproducción capitalista, tanto en el aspecto material como en el superestructural, las nuevas corrientes críticas han tenido que dar cuenta de la ciudad en cuanto elemento componente de movimientos a escala mundial. En particular, del modo en que la globalización integra -como sistema de flujos- las interconexiones o redes de las ciudades globales -los nodos- y sus jerarquías, con sus procesos intrínsecos o colaterales de desindustrialización y crecimiento de los servicios superiores, relocalización de los centros de mando de las corporaciones trasnacionales, administraciones suprajurisdiccionales, etc. (Sassen, Soja, Castells). En la visión sociológica el autor incluye también, aunque a mi juicio un poco forzadamente, la aparición de las "metápolis", término acuñado por

Ascher para enunciar "inmensos territorios urbanos, fragmentados y policéntricos, donde se ha perdido todo foco y todo límite", ya que plantean cuestiones relacionadas con la movilidad y la comunicación en grandes distancias.

Pero las ciudades globales no se integran como un todo al sistema mundial sino a través de áreas territoriales específicas donde se ubican los centros de control de la economía, las comunicaciones y el alto consumo, sean céntricas o periféricas, lo cual, al desplazar a los pobres, genera fragmentación espacial y segregación social. Así, en la ciudad dual aumenta el conflicto social y la inseguridad, convirtiendo algunas de sus zonas en sectores fortificados (para los ricos) o en reservaciones urbanas (para los pobres). Sin embargo, para ser competitivas, las ciudades deben esconder las tensiones y la desigualdad social y a la vez ser atractivas para los visitantes y los capitales. Así, el desarrollo de la cultura del ocio y el consumo ha conducido a presentar la ciudad como un "deslumbrante universo de luces y colores" y promoverla como una "marca". Más como espectáculo que como cultura. Finalmente, el creciente peso de los valores ecologistas más el de diversos movimientos sociales que reivindican variados derechos, ha llevado a tratar de conjugar un marco urbanístico "donde ciudad, sociedad, economía y medio ambiente estén integrados en un todo", es decir, la ciudad sostenible. "La ciudad sostenible se opone a la ciudad global (paradigma del tardocapitalismo) y a la

ciudad del espectáculo (paradigma de la sociedad de consumo), al tiempo que aspira a convertirse en alternativa a la ciudad dual (paradigma de la injusticia social)... Por ello, la ciudad sostenible se ha convertido en uno de los escasísimos estándares contemporáneos de la ética urbana". Con cierto arrojo, el autor afirma: "El compromiso con la pobreza urbana y el interés por las culturas nativas ha orientado el discurso de la ciudad sostenible hacia las urbes del Tercer Mundo... Teniendo en cuenta los abismos socioeconómicos que separan estas áreas urbanas de las europeas y estadounidenses, no es de extrañar que los argumentos y las estrategias que se plantean difieran radicalmente", pero no explica en qué consisten las diferencias. El caso paradigmático de las cuatro capas correspondientes a la visión sociológica, sus modelos y variedades, es Los Ángeles, California, aunque Las Vegas, Nevada es el arquetipo de la ciudad espectáculo y Curitiba, Brasil el ejemplo de la ciudad sostenible.

En la visión organicista pueden distinguirse tres modelos: la ciudad como naturaleza, la ciudad de los cuerpos y la ciudad vivida. En el primer caso, de modo similar a como los fractales y "extraños atractores" componen la estructura y la dinámica del caos, una primera versión de la actual visión naturalista de la ciudad intenta ordenar su complejidad mediante unidades simples que unifiquen su diversidad (como el concepto de *scaling* propuesto por Peter Eisenman) o la tensión entrópica que resulta del desencuentro

entre espacios urbanos cerrados (centrípetos) y espacios urbanos abiertos (centríferos) por la cual, según Albert Pope, la mayor fuerza de estos últimos nutre la progresiva desorganización espacial y pérdida de identidad urbana. En esa misma dirección conceptual –nada es estático, "todo lo sólido se desvanece en el aire"–, la ciudad puede concebirse como la "yuxtaposición de infinidad de flujos materiales e inmateriales", como si estuviera en estado líquido, en condición evanescente. Otra vertiente asimila la ciudad a los 'cuerpos sin órganos', como los corales y las esponjas, aglomeraciones no jerarquizadas y sin funciones diferenciadas, donde la estructura del conjunto resulta de la agregación amorfa de multiplicidad de piezas en torno a un 'punto singular'. Una tercera corriente equipara los problemas de la ciudad con las enfermedades (virus mutantes e incontrolables, anorexia, bulimia, etc.) y deformaciones del cuerpo humano.

Por otro lado, la ciudad se vive a través de los sentidos (vista, olfato, oído, tacto) y de experiencias de índole psicológica (sentimientos, emociones, deseos, memoria), dejando de ser sólo un conjunto de objetos arquitectónicos y formas geométricas –*en-torno* ajeno, espacio neutro- para volverse algo interior, una proyección subjetiva. En esta dialéctica, la ciudad –su arquitectura, sus construcciones, sus monumentos, el ordenamiento de sus flujos- es un instrumento de dominación (Benjamin, Bataille) al que hay que oponer *acontecimientos urbanos* (Deleuze y

Guattari), es decir, "una arquitectura que inventa espacios y tiempos ajenos al poder", que incita tanto deseos como reflexión. En este mismo orden de ideas, la ciudad expresa y reproduce las condiciones de los diferentes tipos de desigualdad social, por ejemplo, la de género. La ciudad funciona bajo un patrón de superioridad masculina no sólo en la adjudicación de los espacios urbanos (zonas habitacionales para las mujeres) y las rutas y los horarios (por la seguridad), sino también al identificar, en el ámbito arquitectónico, la dicotomía masculino/femenino con racional/sentimental, objetivo/subjetivo, asexual/sensual, etc.

La visión tecnológica tiene dos modelos: la ciberciudad y la ciudad *chip*. Para los tecnófilos, el avance de la ciencia podría desembocar en la *existencia real* de una ciberciudad, es decir, en la factibilidad de que el hombre cibernético –parte humano, parte electrónico- viva dentro de un espacio virtual (en *e-topía*) o, cuando menos, en una *realidad real* donde el software tenga aplicación a casi todos los usos. En todo caso, el desarrollo tecnológico permitirá –mediante la inmaterialización, la movilidad, la sincronía y la precisión- programar soluciones limpias, oportunas, exactas, asépticas para todos los requerimientos urbanos, lo que redundará en una sociedad más igualitaria y libre. Por el contrario, los tecnofóbicos aseguran que la digitalización de la realidad no deja de ser un proceso de simulación –y uniformización y fugacidad- y por lo mismo implica

su desaparición en cuanto *concreto*. Si grave es que tal simulación sea una codificación y por ello un proceso sujeto a quienes controlan los códigos, peor resulta que su reproducción sea parcial, seleccionada, pues entonces la ciudad deviene en solo un fragmento efímero de ella misma. La ciudad *chip*, por su parte, puede representarse exactamente en tales dispositivos: agregación de celdas repetidas sin centro y sin terminaciones ni reglas que no sean las impuestas por la propia necesidad de expansión, organizadas para aumentar la capacidad de almacenaje y la velocidad (como la ciudad análoga); la ciudad *chip* es la negación del lugar, un no-lugar. Houston lo ejemplifica. Por último, la pérdida de singularidad lleva a la ciudad genérica cuya materialización más reciente –debido a los promotores inmobiliarios- es la ciudad-borde (*edge city*), alejada pero no demasiado del centro urbano, en la frontera con lo rural (o casi en medio de la naturaleza), muy bien comunicada (autopista, aeropuerto), apropiada para las élites y caracterizada por su homogeneidad arquitectónica y social.

El recuento de García Vázquez es incompleto, sin duda, pero muy sugerente. Es una propuesta que no podía ir más lejos porque si algún rasgo peculiar podemos atribuir a la ciudad post-moderna como categoría histórica es, quizá, su complejidad. Este es posiblemente el atributo que contiene a todos los demás, lo cual no significa que sea suficiente para explicar a fondo cada caso, para *encontrar la lógica específica del objeto*

específico. De hecho, la complejidad no puede tomarse como el punto de llegada sino como el de partida a la hora de intentar una explicación mínimamente coherente de los procesos urbanos contemporáneos. No obstante, en contraposición al tono pesimista que parece campar en la visión naturalista presentada por el autor, cabe recordar que los sistemas complejos –dice la teoría– son capaces de autogenerar los mecanismos de su sobrevivencia y reproducción, aunque den lugar a una estructura distinta. Pero en última instancia, esta es la esencia de la evolución. También es cierto que, como se ven las cosas, no está claro hasta dónde va a llegar ni cómo la ciudad post-moderna. Lo único probable es que, de seguir las tendencias actuales, se agraven los problemas de pobreza, marginación o exclusión, (in)movilidad, deterioro ambiental y tal vez de representación en el *ámbito urbano* cualquier cosa que esto signifique. Pero no podemos decir más. En todas las ramas y niveles del pensamiento existe la tentación de absolutizar una creencia, de generalizarla como verdad sin tener la constatación correspondiente. Creo que el urbanismo no es la excepción. Los hacedores profesionales del urbanismo –no la gente que hace la ciudad cotidianamente– debaten con frecuencia cuál modelo de ciudad es *mejor*. La gente sólo elige en la medida de sus posibilidades, que no siempre de sus voluntades, dentro de un espectro limitado; pero al mismo tiempo la diversidad social y urbana ofrece al observador una profusión de opciones.

En esa dirección, García Vázquez utiliza el concepto de modelo o “mirada particular” para elaborar sus distinciones (las diferentes metáforas) a escala corta, pero es consciente de haber estirado la definición pues advierte: “...modelos que no son universales ni generalizables, sino pequeños relatos limitados en el espacio y en el tiempo, circunscritos a territorios determinados por intereses concretos”; y añade que están influidos por experiencias y afectos. Es decir, modelos que no son modelos propiamente sino casos particulares que se aventuran como ejemplos paradigmáticos de paradigmas inexistentes. Además, en algunas ocasiones el autor desdobra un modelo en *versiones* diferentes del mismo, de tal modo que al final resultan más de doce ‘miradas particulares’. Y así podrían multiplicarse dependiendo de los casos concretos.

Ahora bien, pueden seguirse los hilos de continuidad, sucesión o sustitución que hay entre dos o más modelos en el caso de alguna ciudad, de tal forma que es válido referirse a las “capas” de la hojaldra, pero también es posible, y quizá más general, encontrar ciudades en que los modelos coexisten, se oponen o complementan, configurando entidades multifacéticas o poliédricas, enmarañadas en su interior. La cuestión estriba, entonces, en elegir una ventana para ingresar a su complejidad. La clasificación de lecturas posibles que se propone en *Ciudad Hojaldré* facilita la elección de la ruta.